Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Mensaje

LXXXV Jornada Mundial de las Misiones 2011

«Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20,21)

23 de octubre de 2011

Con ocasión del Jubileo del año 2000, el venerable Juan Pablo II, al comienzo de un nuevo milenio de la era cristiana, reafirmó con fuerza la necesidad de renovar el compromiso de llevar a todos el anuncio del Evangelio «*con el mismo entusiasmo que los cristianos de los primeros tiempos*» (*Novo millennio ineunte*, 58). Es el servicio más valioso que la Iglesia puede prestar a la humanidad y a toda persona que busca las razones más profundas para vivir en plenitud su existencia. Por ello, esa misma invitación resuena cada año en la celebración de la Jornada Mundial de las Misiones. En efecto, el incesante anuncio del Evangelio vivifica también a la Iglesia, su fervor, su espíritu apostólico; renueva sus métodos pastorales para que sean cada vez más apropiados ante las nuevas situaciones —también las que requieren una nueva evangelización— y estén animados por el impulso misionero: «*La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola! La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal*» (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 2).

Id y anunciad

Este objetivo se reaviva continuamente por la celebración de la liturgia, especialmente de la Eucaristía, que se concluye siempre recordando el mandato de Jesús resucitado a los Apóstoles: «*Id...*» (Mt 28,19). La liturgia siempre es una llamada "desde el mundo" y un nuevo envío "al mundo" para dar testimonio de lo que se ha experimentado: el poder salvífico de la Palabra de Dios, el poder salvífico del Misterio pascual de Cristo. Todos aquellos que se han encontrado con el Señor resucitado han sentido la necesidad de anunciarlo a otros, como hicieron los dos discípulos de Emaús. Después de reconocer al Señor al partir el pan, «*y levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once*» y refirieron lo que había sucedido durante el camino (Lc 24,33-35). El papa Juan Pablo II exhortaba a estar «*vigilantes y preparados para reconocer su rostro y correr hacia nuestros hermanos, para llevarles el gran anuncio: "¡Hemos visto al Señor!"*» (*Novo millennio ineunte*, 59).

A todos

Destinatarios del anuncio del Evangelio son todos los pueblos. La Iglesia «*es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo, según el plan de Dios Padre*» (*Ad gentes*, 2). Esta es «*la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Existe para evangelizar*» (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 14). En consecuencia, no puede nunca encerrarse en sí misma. Arraiga en determinados lugares para ir más allá. Su acción, en adhesión a la palabra de Cristo y bajo la influencia de su gracia y de su caridad, se hace plena y actualmente presente a todos los hombres y a todos los pueblos para conducirlos a la fe en Cristo (cf. *Ad gentes*, 5).

Esta tarea no ha perdido su urgencia. Al contrario, «*la misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse... Una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio*» (*Redemptoris missio*, 1). No podemos quedarnos tranquilos al pensar que, después de dos mil años, aún hay pueblos que no conocen a Cristo ni han escuchado su mensaje de salvación. No solo eso; cada vez más gente, aun habiendo recibido el anuncio del Evangelio, lo han olvidado y abandonado, y no se reconocen ya en la Iglesia; y en muchos ambientes, también en sociedades tradicionalmente cristianas, se rechaza la apertura a la palabra de la fe. Está en marcha un cambio cultural, alimentado también por la globalización,

por corrientes de pensamiento y por el relativismo imperante, un cambio que lleva a una mentalidad y a un estilo de vida que prescinden del mensaje evangélico, como si Dios no existiese, y que exaltan la búsqueda del bienestar, de la ganancia fácil, de la carrera y del éxito como objetivo de la vida, incluso a costa de los valores morales.

Corresponsabilidad de todos

La misión universal implica a todos, todo y siempre. El Evangelio no es un bien exclusivo de quien lo ha recibido; es un don que se debe compartir, una buena noticia que es preciso comunicar. Y este don-compromiso está confiado no solo a algunos, sino a todos los bautizados, los cuales son «*linaje elegido, nación santa, pueblo adquirido por Dios*» (1P 2,9), para que proclame sus grandes maravillas.

En ello están implicadas también todas las actividades. La atención y la cooperación en la obra evangelizadora de la Iglesia en el mundo no pueden limitarse a algunos momentos y ocasiones particulares, y tampoco pueden considerarse como una de las numerosas actividades pastorales: la dimensión misionera de la Iglesia es esencial y, por tanto, debe tenerse siempre presente. Es importante que tanto los bautizados de forma individual como las comunidades eclesiales se interesen en la misión no solo de modo esporádico y ocasional, sino también de modo constante, como forma de la vida cristiana. La misma Jornada Mundial de las Misiones no es un momento aislado en el curso del año, sino que es una valiosa ocasión para detenerse a reflexionar si respondemos a la vocación misionera y cómo lo hacemos; una respuesta esencial para la vida de la Iglesia.

Evangelización global

La evangelización es un proceso complejo y comprende varios elementos. Entre estos, la animación misionera ha prestado siempre una atención particular a la solidaridad. Este es también uno de los objetivos de la Jornada Mundial de las Misiones, que a través de las Obras Misionales Pontificias solicita ayuda para el desarrollo de las tareas de evangelización en los territorios de misión. Se trata de sostener instituciones necesarias para establecer y consolidar a la Iglesia mediante los catequistas, los seminarios, los sacerdotes; y también de contribuir a la mejora de las condiciones de vida de las personas en los países donde son más graves problemas como pobreza, malnutrición, sobre todo infantil, enfermedades, carencia de servicios sanitarios y para la educación. También esto forma parte de la misión de la Iglesia. Al anunciar el Evangelio, la Iglesia se toma en serio la vida humana en sentido pleno. No es aceptable, reafirmaba el siervo de Dios Pablo VI, que en la evangelización se descuiden los temas relacionados con la promoción humana, la justicia, la liberación de toda forma de opresión, obviamente respetando la autonomía de la esfera política. Desinteresarse de los problemas temporales de la humanidad significaría «*ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor al prójimo que sufre o padece necesidad*» (*Evangelii nuntiandi*, 31; cf. 34); no estaría en sintonía con el comportamiento de Jesús, el cual «*recorría todas las ciudades y los pueblos, enseñando en las sinagogas, proclamando la buena nueva del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias*» (Mt 9,35).

Así, a través de la participación corresponsable en la misión de la Iglesia, el cristiano se convierte en constructor de la comunión, de la paz, de la solidaridad que Cristo nos ha dado, y colabora en la realización del plan salvífico de Dios para toda la humanidad. Los retos que esta encuentra llaman a los cristianos a caminar junto a los demás, y la misión es parte integrante de este camino con todos. En ella llevamos, aunque en vasijas de barro, nuestra vocación cristiana, el tesoro inestimable del Evangelio, el testimonio vivo de Jesús muerto y resucitado, encontrado y creído en la Iglesia.

Que la Jornada Mundial de las Misiones reavive en cada uno el deseo y la alegría de *ir* al encuentro de la humanidad llevando a todos a Cristo. En su nombre os imparto de corazón la bendición apostólica, en particular a quienes más se esfuerzan y sufren por el Evangelio.

Vaticano, 6 de enero de 2011, Solemnidad de la Epifanía del Señor.